

EL "DIARIO" DE GV. PAPINI

(Tomado de *L'Observatore Romano*)

De tiempo atrás teníase noticia de este "Diario": Ridolfi, por ejemplo, lo había consultado para la biografía de su autor, y aun extractos de él aparecieron en algún periódico. ¿Qué motivos hubo para tardar tanto en publicarlo? Dos, como principales y evidentes: primero, que aún vivían personajes que en el "Diario" aparecen tratados no precisamente con guante blanco; segundo, que se imponía esperar se calmaran las animadversiones y repulsas suscitadas por ciertas simpatías de Papini y que, pasada ya la guerra, reavivaron contra él insidias y amenazas. Dado a la luz ahora, surge, tras su lectura, una perplejidad que toca en la sospecha; ¿no habrá sido manipulado el "Diario", como si dijéramos para "domesticarlo"? Si no, ¿cómo explicar ese silencio de más de diez años (24 de abril del 31 a septiembre 12 del 42), lapso durante el cual se hizo más intenso en la mentalidad del escritor el encendido nacionalismo que habría de desfogar en las infornadas páginas de "Italia Mía"?

Pero dejemos las preguntas y limitemosnos al "Diario", a lo que es una confesión, un testimonio ultrasincero, casi dijéramos temerario, que ayuda a mejor conocer al gran escritor, al hombre singularí-

simo que proyectó su solitaria actitud dominadora sobre la primera mitad del novecientos italiano.

Entre 1919 y 1921 hay algunas anotaciones que hoy todavía impresionan: marcan fechas y recogen datos de decisiva trascendencia en la vida de Papini y en la historia religiosa y literaria de Italia. Por ejemplo: "Hoy Miércoles Santo, me llegan los primeros ejemplares de la **Historia de Cristo**. Me siento feliz". Era el 23 de marzo de 1921. El Sábado Santo, por primera vez después de mucho tiempo, se confiesa, y el día de Pascua comulga.

Viene luego una gran laguna, y cuando ya casi mediado el 42 lo reanuda, la vida italiana y la del escritor, están afrontando la inminencia del drama. Ya casi ciego, confiesa humildemente: "Si esto es expiación de mis errores y culpas, ciego debería estar desde mucho tiempo atrás". Sin embargo, todavía está lleno de vida y de proyectos, y esa formidable inteligencia le trabaja maravillosamente, como siempre. Sabidas son sus peligrosas y dolorosas andanzas de guerra, escapado del desencadenado horror de Bulciano a La Verna, a Arezzo, a Florencia. El **Diario** contiene la minuciosa crónica de ello, entre dudas, ansieda-

des, ternuras hogareñas, desconsue-
los, padecimientos, privaciones, pe-
ligros, alarmas, terrores; y respec-
to a situaciones ya pasadas, im-
putaciones, denuncias, amenazas,
ultrajes contra aquel que, con su
prestigio de escritor, sin compro-
misos con nada ni con nadie, había
respaldado en cierta medida, la
trágica política del régimen de-
rrocado.

En los años sucesivos, hasta
1953, cuando por incapacidad físi-
ca hubo de suspender las diarias
anotaciones, no por ello Papini re-
nuncia del todo a sus antiguas
simpatías; solo que las cosas y los
hombres de ese ayer son juzgados
ya sin atenuaciones ni condescen-
dencias, actitud que lo honra y que
hemos de reconocerle.

Sin embargo, dos puntos de exa-
men surgen de bulto entre esas
páginas, puntos que imponen un
enjuiciamiento severo, con severi-
dad que no atenuará el afecto que
perdurablemente hemos profesado
al autor: su silencio ante la infam-
ia racista que tuvo por cómplice
al facismo, y la falsedad inicua y
ultrajante de sus expresiones so-
bre Pío XII y para De Gásperi.

Un irreductible fondo de gibeli-
no a lo Dante y de anticlerical a
lo Savonarola —tonalidades entre
las más agudas en su personalidad
y su genio sumado ello a una tra-
viesa bravuconería, al abuso de la
paradoja y a cierto regusto román-
tico por lo tremebundo—, estalla
constantemente en este *Diario*, de
manera especial y profusa cuando
encara las alusiones y comentarios
sobre la concepción, composición y
publicación de su famoso libro
**Cartas del Papa Celestino VI a los
hombres** (con toda claridad Papini
afirma que habla como un papa

laico en vista de que el Papa no
lo hacía como, según él mismo,
debía hablárseles). Esta tendencia
de su sér contradecía y perturbaba
al creyente que en él alentaba. Las
más altas y estridentes notas del
Diario las dan precisamente esas
posturas contradictorias que Papi-
ni bien se conocía, que lo hacía pa-
decer y que no tenía reato en con-
fesar: "Mis fallas son la incerti-
dumbre, la volubilidad, la ambición
de grandeza y demasía. Fuerzas
pocas y proyectos muchos...".

"Mi viejo demonio sofista no se
decide a morir". Estos últimos
treinta años han reducido y casti-
gado mi avidez de tumultosa enor-
midad y de exceso". "Como escri-
tor y como hombre he cometido in-
contables errores en mi vida", pero
siempre por impulsos de fantasía
y de sentimiento, por ingenuidad
y precipitación —nunca, jamás, por
cálculo, interés, malevolencia o ma-
licia. "Siempre he tratado de hacer
algún bien a aquellos que en la
vida estuvieron o pasaron cerca de
mí. Y tal vez de todo cuanto he
escrito, quede alguna página". Y
tres días después: "Pero viéndolo
bien, mi vida entera ha sido solo
una serie de errores de toda laya".
En un mismo día me poseen arre-
batos de mesiánico y apocalíptico
fervor antiguo y reacciones de un
furioso nihilismo que me arrastra
a desenmascarar todo aquello que
regula y enaltece la vida humana".
"Dios y Satán, Eros y Logos, De-
mócrito y Heráclito, Rousseau y
Freud, Whitman y Stirner se en-
frentan y se baten diariamente en
mi alma". "¿Así estará mi alma
hasta la muerte: en este oscilar,
en este conflicto, entre la negación
despreocupada y el hastío del cre-
yente?" "Tengo la sensación de
que todo es un error, un imposible,
de que todo es inútil, todo absur-

do". "...Demasiada complacencia para las teorías extrañas, la morbosidad cerebral, la curiosidad histórica". "Moriré sin haber logrado saber, ni mostrar lo que verdaderamente soy en el fondo de mi tortuoso y complicado sér".

Lo anterior es solo algo de lo mucho que podría extractarse del **Diario**. Prueba es también del desconcierto de esa grande alma la curiosidad que ante sus muchísimos visitantes, o escuchando, o leyendo, sentía por las gentes más extrañas y estrambóticas: heterodoxos, clérigos, apóstatas, adventistas, volterianos, modernistas, ocultistas, magos, astrólogos, evangélicos, místicos, gnósticos, ritualistas, hipnotistas, freudianos, mediums y toda laya de "iluminados". Lo revela también la cantidad de libros que proyectaba, o simplemente fantaseaba, producir; empezoando con aquel misterioso "En torno a los hombres" anunciado desde 1916. He aquí algunos títulos: *La imbecilidad humana* (¿será acaso el posterior *Diccionario del hombre salvaje?*), *Diccionario de las Ideas, Juicios sobre Dante, Páginas manzonianas. Simón y Leticia* (novela), *Sierva Italia*, comentarios sobre la Biblia; *El hombre imposible, El paraíso recobrado, Mil almas, Las Cuatro Redenciones*, (nueva teología): *Breviario para laicos, Vida del hombre, Historia Sagrada para profanos, El Tercer Testamento, Vida de Dios, Inventario de los muertos, La era atómica.*

Por si todo esto fuera poco —(y aquí tocamos lo más agudo del enfoque: así nos lo impone un hombre de semejante levadura espiritual: una sinceridad tan inexorable como la suya)— el diario está lleno de ideas, fantasías, proposi-

ciones, afirmaciones, que llamaríamos heterodoxas, pero que en la pluma de un creyente menos comprobado que él, resultarían casi heréticas. He aquí una muestra, dejando a un lado la reticente y convicta espectación papiniana del "Tercer Reino" y de la a su parecer, "necesaria manifestación futura" del Espíritu Santo. Ejemplos: "Si Dios creó a los hombres de tal modo que no pudo hacer cosa distinta de sufrir y caer, ¿no sería lo justo pensar que la Pasión; lejos de ser la consecuencia, como dicen, de un desmesurado amor, fue más bien la de un remordimiento?" (apreciación pueril por ignorancia total del problema de la libertad). "El Cristianismo —revolución contra el ritualismo farisaico— ha venido a parar en ritualismo y fariseísmo". "Si el Cristianismo debe transformarse en verdadero Catolicismo —universal— tendrá que renunciar a ser solamente Romano". "Lo que hasta aquí se ha creído del Cristianismo, no era verdadero cristianismo". "De mucho tiempo acá, la Iglesia católica ha venido convertida en una fábrica de pusilánimes, y por los tiempos que corren, en un comité electoral". "En el Gólgota", ¿solamente había un Redentor? ¿O sobre las tres Cruces las Tres personas de la Trinidad? Aquel a quien llaman el Mal Ladrón, ¿no sería talvez el Padre, el Dios del Antiguo Testamento, ordenador de saqueos y matanzas?

Si el Cristianismo —se dice Papini— es ineficaz por inaplicable, y los hombres están condenados a ser salvajes malencubiertos, ¿"no es de considerar si sería mejor adoptar francamente e integradamente la doctrina de Satán (es decir el Arimanismo, evangélico del Diablo)? Y platicando des-

pués con Giuliotti, llegaba a la conclusión de que el Cristianismo (única medicina, dice, que podría salvar a los hombres de la desesperación y del suicidio) no podría administrárseles por dos razones: "imposibilidad de la naturaleza humana para aceptar la práctica del amor fraterno; imposibilidad de la mente moderna para creer en los dogmas y los misterios de la teología cristiana".

Como conclusión de todo lo cual, no sorprende que acariciara la idea de un diario que "difundiese y defendiese la anarquía cristiana"... Ni que a dos religiosos que le pidieron les formulara el lema para una revista teológica, le propusiera esta consigna: Contra la Mariolatría y por la Diabología.

Eran días de trastornos, de turbación, apocalípticos. Todo andaba en desorden. No hay por qué sorprenderse de que también ese tremendo ingenio atravesara momentos de delirio. Volvíanle a la mente, agigantadas, ciertas consideraciones de su **Dante Vivo**, de la **Historia de la Literatura Italiana**. Reconocíase un **aspecto mefistofélico** y **sádico**, y de trazo en trazo lo dejaba desfogar "Dos seres contrapuestos se turnan en mí —solía repetir—: el cínico y el místico". La realidad circunstante y visible se mostraba sin esperanza alguna. "Ni una luz de parte alguna; ni un hombre ni un grito, ni un pensamiento, ni un héroe, ni un principio de salvación ni de grandeza". Y tornaba a la tenta-

ción tremenda de escribir el **Informe sobre los hombres**, para soltar, de una vez por todas, la cruda verdad, llegar al fondo pavoroso y repugnante de la realidad humana, lavar o arrancar todas las máscaras. Pero de nuevo lo atraía y estimulaba más y más el **Juicio Universal**, por el viejo anhelo de enjuiciar y transformar a los hombres. ¿Acaso no era suya la fórmula de "el escritor como maestro"? Empero, otro dilema se le planteaba: dar alivio o decir la verdad; demostrar, con una labor lúcida y helada, la terrible e irremediable absurdidad de lo real. Y en tales momentos pensaba en un método, que él bautizaba con el nombre de **amitista**, para reconocer la verdad del sér humano, liberado de mitos y fábulas de toda especie, método ante el cual Leopardi resultaba un iluso, Schopenhauer un optimista, Marx un utopista, Nietzsche un moralista creyente y los nihilistas unos ascetas cristianos...

¡Pobre grande hombre, a pesar de todo, siempre caro y admirado en mi memoria! Tantas fantasías, tantas extravagancias, tantos errores, tantos vértigos de tempestuoso talento, acabaron por encontrar equilibrio y purificación en un lento y martirizado declinar de la vida, en ese resignado y expiatorio padecer que él mismo llamó, tan estupidamente y cristianamente, la bienaventuranza del desventurado.

Francesco Casnati.